

Nuestro Homenaje al autor de **Las cinco vidas del Nereo**



El sábado de la próxima semana, día 20 de los cursantes, la Redacción de este semanario ofrecerá a su querido compañero don José Vallverdú Aixelá la Cena de Homenaje que hace días proyectamos y que tuvimos que aplazar por diversas causas.

La obtención del Premio «Mosen Chusep» que Vallverdú conquistó tan brillantemente con su novela «Las cinco vidas del Nereo», sería ya por sí solo motivo suficiente para que sus compañeros tuviéramos que rendirle el honor y la pleitesía de este agasajo que, cara a la vida cultural y docente de la ciudad, se merece igualmente.

Pocos son, por lo regular, los momentos buenos que la vida nos depara. La envidia, el fracaso, la malquerencia o, más simplemente en muchos casos, el dolor de estómago, resultan ya motivos suficientes para que, a lo largo de los siglos y a todo lo ancho del espacio, vivan los hombres amargamente los días escasos y contados que pasan sobre la Tierra. Es quizá por eso que en todas las ocasiones en que el amor y la estima organizan de vez en cuando algún acto, a él vayamos enardecidos por esa lucecita que nos pende del alma y que el mundo no logra apagar pese a todas sus mentiras y maldades.

He ahí, pues, por donde la espiritualidad guixolense verá resucitado, aunque sea por unas horas, el imperio de su poder y la gran afirmación de su magnífica verdad.

ancora

Se ha dicho siempre que para llegar a tener gran experiencia de este mundo, o adquirir muchos conocimientos de la vida, no hay nada mejor que el viajar. Salirse por estos mundos de Dios, abrir mucho los ojos y atisbar todo cuanto vaya ocurriendo a nuestro alrededor. Y es así, cuando luego, con el acopio de todo lo visto y oído, uno puede ir levantando el sólido edificio de sus conocimientos.

En verdad, lo antes apuntado es un gran aserto. Nada mejor que el viajar. Dejar por alguna vez este camino diario del taller, de la fábrica, o del café, que podríamos seguirlo a ciegas, y conocer nuevos caminos. Aunque sea para llegarse hasta la Font Picant o al «camí de la Vall d'Aro», y si queremos apurar más todavía, cambiando de barrio.

Esto es, cambiando de barrio. Con este sencillito traslado, también pueden adquirirse muchos conocimientos de la vida, usos y costumbres de los ciudadanos. Particularidades que antes a uno le habían escapado a su percepción, entonces, con este viaje sin salirse de la ciudad, con solo cambiar de residencia, uno se le aparecen claros, rotundos.

Este es el caso que le ocurrió a un amigo hace unas semanas. Por circunstancias que a todos pueden ocurrirnos en la vida, él efectuó un viaje de unas semanas a otra calle. Y luego, ya reintegrado a su propio hogar, me decía que mejor que no hubiese efectuado el cambio transitorio, porque de esta forma habría seguido viviendo en la ignorancia. El contraste, la vida de nuestra fauna y flora aumentaron en el sólido edificio de sus conocimientos.

Ahora puedo decirte, siguió diciendo el amigo, que me he imaginado a la parte céntrica de la ciudad partida en dos.

Las dos ciudades

Tiene su sector oriental y occidental, con su línea divisora: la Rambla Vidal, con la ventaja de que se puede circular libremente de una a la otra, si no lo impide algún charco de agua, algún montón de escombros o basura. Contrariamente a lo que se ha dicho siempre, de que la civilización corría de oriente a occidente, en nuestra ciudad corre en sentido contrario. En la parte occidental está la vieja ciudad la de los trastos a la calle, la de los estiércoles, la de la basura al pié de las fachadas milenarias —cuantos más milenios, más basura, tal como se estila en otros lugares — la de los embalses que nunca se agotan, la de los perros que ladran y gatos que maullan sin cesar, la de los papeles pringosos.

Pasas la línea divisoria como yo lo he hecho hará unas semanas, te adentras en el sector oriental, y una nueva vida te aguarda. Calles anchas, muy bien cuidadas por las amas de casa que a las ocho de la mañana ya barren su sector. Todas están asfaltadas, y si alguna vez reciben la ofensa de alguno del

sector oeste, tirando, por ejemplo, suciedad en su asfalto, va el basurero oficial y lo recoge enseguida. Es lógico que así sea, pues este funcionario se ve coadyuvado por las amas de esta parte de la ciudad, a las ocho de la mañana. En el occidental, todo el provecho que sacaría serían horas extraordinarias que a lo mejor no cobraría con su respectivo cincuenta por ciento.

Luego, se te ofrecen a la vista los sugestivos y modernos escaparates. Aquí, trocas los ladridos del sector occidental, por melodiosas notas de unos altavoces. Santas imágenes jalonan las calles y unos cestos de alambre aguardan siempre lo que no debe ir al suelo.

Esto es lo que conocí, me dijo el amigo, y lo que trasladó. Añadiendo de mi parte, una pregunta: ¿por qué aquí, igual como puede ocurrir en otros sitios, lo antiguo, lo que precisamente es razón de nuestro ser, aquello sin lo cual no habría existido lo nuevo, es tan mal considerado?

Abacé

**UN CHISTE
CADA SEMANA**

—Ese es el que hace los chistes de las gubias.
—Por eso lo veo siempre tan agubiado.

**PRESENTADO POR
GUBIAS Y TUBOS
BELL VEHÍ**